



www.loqueleo.santillana.com

Las plagas secretas y otros cuentos

© Del texto: 2011, Juan Manuel Roca

© De esta edición:

2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.santillana.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-453-8

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín Ltda

Primera edición en Alfaguara Infantil Colombia: mayo de 2007

Primera edición en Loqueleo Colombia: octubre de 2015

Prólogo: Alberto Rodríguez Tosca

Análisis de la obra: Carlos Sánchez Lozano

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Diseño de cubierta:

Dipacho

Imagen interior: En el café, Paul Gauguin; colección Museo Pushkin

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

LAS PLAGAS SECRETAS Y OTROS CUENTOS

Juan Manuel Roca

loqueleg

*Tengo el deseo de ver las cosas
tales como son antes de que yo las vea.
Deben ser muy hermosas y tranquilas.*

Franz Kafka

Prólogo

Alberto Rodríguez Tosca

Naranja dulce, limón partido

9

El arte de contar cuentos es tan antiguo como la piedra en la Edad de Piedra. Imagino a esos antepasados reunidos alrededor del fuego, intercambiando gestos, sonidos y trazos sobre las paredes de la caverna, para evocar las aventuras de la última cacería. Poco a poco fueron apareciendo la palabra, la escritura, el libro, y el arte de contar ramificó sus horizontes hacia mil y una noches de tributos al insomnio y a la imaginación. Sin duda cada época se ha esmerado en levantar y defender su propia Cueva de Altamira.

Dicen los que saben que el cuento es, con la poesía, el género más difícil. Seguramente tienen razón. Aún no dejan de sorprendernos las historias salidas de las imaginaciones e insomnios de Machado de Asís, Quiroga, Rulfo, Carpentier, Borges, Onetti, Cortázar, Monterroso, García Márquez, entre muchos otros maestros de aquende los mares que del cuento hicieron la prueba reina para reivindicar las exigencias y excelencias del paladar sutil.

Así las cosas, digamos que la novela es al jugo del limón, lo que el zumo es al cuento; un limón bien cortado siempre dará jugo suficiente para una buena novela (todo depende de lo que sepa economizar el novelista); de un zumo bien servido aflorará siempre un buen relato (todo depende de lo que sepa arrebatarse el cuentista del zumo pero, sobre todo, de lo que sepa deducir el lector): el jugo quema en la lengua, el zumo arde en los ojos.

10 Y arde en los ojos este libro que ahora llega a nuestras manos, *Las plagas secretas y otros cuentos*, del poeta Juan Manuel Roca. Y comienzo hablando del poeta Roca y no del novelista, ensayista, periodista y crítico que también es, porque cuando a los poetas les da por echarse su canita al aire en las jurisdicciones de la narrativa, los narradores de profesión suelen poner el grito en el cielo. “Demasiadas metáforas”, dicen. Y si ciertamente se regodea el poeta en “demasiadas metáforas” —como suele ocurrir—, el cielo siempre será frontera insuficiente para las destemplanzas del grito.

La larga y sustanciosa trayectoria poética de Juan Manuel le permite deambular por este género escoltado por las “plagas secretas” de la poesía, sin que sus historias y personajes sufran por ello. Todo lo contrario. No es cierto que la poesía supera la realidad: la realidad apabulla la poesía y son los poetas los que tratan de ponerle el tatequieto. “Si no tuviéramos nuestro arte de la exageración —nos dice Thomas Bernhard, narrador, austríaco—, estaríamos condenados a una vida espantosamente aburrida”. A veces necesitamos los lectores

un poco de entusiasmo en la palabra que nos cuenta un cuento. Y es que no hay compartimentos estancos entre narrativa y poesía: basta con que evitemos (ora escritor, ora lector) los comportamientos estancados.

Si no, recorramos algunas imágenes. “En el café”, Madame Ginoux, atrapada en un cuadro de Gauguin, conversa consigo misma y blasfema y se lamenta y juzga y mira a todos con los mismos ojos que no puede cerrar. El señor Calderón, un grafitero que “debería babear ante la Muralla China”, termina sus años en París ganándose la vida borrando casi los mismos grafitis que había escrito en Bogotá, porque sus manos fueron destrozadas a martillazo limpio por la patrulla de policía que una noche lo sorprendió haciendo de las suyas sobre la página en blanco de uno de los muros de la ciudad (“Los muros tienen la palabra”).

11

Las cartas cruzadas en “El diálogo de los antípodas”, entre Tunja y la ciudad suiza de Mürten, entre Isidoro León y Johannes Kauffmann, dan fe de un angelical demonismo que da miedo. “El hombre que no leía relatos policiales” es un relato policial, que se interroga y busca sus respuestas entre los enredados meandros del boxeo y del crimen. “Episodio del ubicuo” tuvo su origen en un sueño que terminó convertido en pesadilla. Una gran broma, o “una broma colosal”, para decirlo con palabras del cubano Virgilio Piñera. Todos hemos tenido a nuestro “ubicuo” y hemos padecido su “episodio”. El cuento que le da título al libro, “Las plagas secretas”, es una plática silenciosa, licenciosa y cómplice —“plaga secreta

de municiones puestas al servicio de un mago”— entre Juan Manuel y su admirado fantasma Juan Rulfo.

12 ¿Más cuentos? “¿Quién le teme al líbero?”. Yo no, pues fue un buen futbolista y un mejor líbero. Y ustedes tampoco le temerán porque es sobre todo un hombre abatido y nostálgico que solo tiene como apoyo su cojera. En “El hombre que buscaba su sonrisa”, un hombre —otro pobre hombre— pasó la vida buscando una sonrisa nunca perdida porque siempre permaneció en los ojos de su novia. De los suicidas del Salto del Tequendama se habla en “Las crónicas del olvido” y de las madres de la Plaza de Mayo —“Viejas locas. Viejas molestas. Viejas sentimentales”— obligadas a pernoctar en una celda al lado de cadáveres que no se atrevían a mirar, en “Plaza de Mayo”.

Un largo poema en prosa es “La junta”, a pesar del aire profesoral en la voz de los ancianos reunidos. “Bandera de luto, humareda de plumas, heraldos del ocio, zánganos del aire, califa de pontífices, espirales de tizne, hangares de lo oscuro, notarios del silencio..., así llaman los poetas nuestra honorable junta”, dice el más culto de los convocados. “Feliz Navidad, señor Amézquita” es un caso. Como el último de los Mohicanos, “era el único sobreviviente de una familia aristocrática que caminaba por la vieja ciudad de la neblina y los paraguas”, siempre cargando su violín aunque no lo cargara, diluido en la tristeza de quien fue cruelmente zarandeado por las tractomulas de la vida, la Navidad y el tiempo.

En “La huida del vampiro” un heredero de la gran Transilvania, un tal Johannes El Umbrío, viaja de Italia a

Colombia cuando lee en los periódicos tantas noticias de sangre —“la sangre derramada como vino en abundancia”, dice— y se le hacen agua los colmillos. Y concluye el libro con “Arenga del rencoroso”, escrito en segunda persona, con el mismo tono incisivo y provocador del resto de los cuentos. En fin, que “Había una vez...”.

Escribir o leer es como mirarse en un espejo. El rostro que veo es mío pero no soy yo. Cuando leo o escribo, me identifico con ciertas historias y ciertos personajes. Los amo o los odio, los culpo o los perdono. Me involucro con ellos, o no. Me gustan o no, pero siempre formo parte de la fiesta de vivir varias vidas al tiempo. O sea que cuando leo o escribo me miro en ese espejo en donde se reflejan vidas y rostros con los que, quizás, me hubiera gustado compartir. O no. En todo caso, yo multiplicado por otros soy más yo.

Y soy, y somos —el escritor mientras escribe, nosotros mientras leemos— modelo de Gauguin, grafitero y verdugo de grafitis, demonio y ángel, boxeador y criminal, cojitranco ubicuo, interlocutor de Comala, viejo líbero paciente y vengador, hombre sin y con sonrisa, madre de la Plaza de Mayo, miembro de Junta, señor Amézquista, vampiro y vampirista, rencoroso hijo de Jacob, y otras “plagas secretas” a las que nos convoca Juan Manuel en este libro, que arderá en los ojos como arden las buenas historias bien contadas y, por supuesto, el zumo de la poesía y del limón.

En el café

*Un cuadro colgado en un museo es,
posiblemente, lo que tiene que escuchar
más tonterías en todo el mundo.*

Hermanos Goncourt

Cautiva de mí, presa de mí, exiliada de mí por artes de un hechizo, vivo en un cuadro, en un café desvelado. Sé que el señor Gauguin en su lucha con el ángel ganó el duelo y que en su lucha con el diablo lo perdió, pero en esa guerra aprendió a vivir tras el claroscuro del tiempo. Como yo, Madame Ginoux, que soy parte inmortal de su progenie.

Ahora sale el sol, un sol vendimiero y picante que nos invita a levantar de la mesa del Café. No es el sol hipócrita que se anuncia entre la niebla parisina de otros días y que crispaba al pelirrojo pintor obseso de amarillo. El señor Gauguin lo llamaba el zuavo, tal vez porque Van Gogh había hecho un retrato de un zuavo peregrino.

La verdad es que yo, Madame Ginoux, no conozco en detalle lo que rodea la escena, pues estoy de espaldas al suceso. Solo tengo por delante una mesa de mármol más fría que esta galería del Museo en que reposo, y en ella una botella de grifo, una copa esmerilada y a medio llenar, un pequeño plato con restos de una mantequilla que aún, en este año de desgracias de 1999, no se hace rancia. Corre, y no deja de correr ya nunca más, el año de

1888 en el que fui cautiva del pincel de Gauguin, como si hubiera pinchado mi dedo en la rueda del sueño.

No sé qué ocurre tras de mí, pero por tanto profesor que desliza su mirada y por tanto visitante del Museo que se detiene ante mi eterna sonrisa, he oído que hay una mesa de billar que algunos comparan con la del “café nocturno” de Van Gogh.

16

El señor Gauguin, que ya no va a la Bolsa de valores pues ha renunciado a la vida burguesa, ha raptado al zuavo del cuadro de su amigo y lo ha invitado a sentarse junto a un hombre que dormita, quizá, un sueño de alcohol, lacustre y sin orillas. Yo misma posé alguna vez para Van Gogh. Creo que Gauguin y Van Gogh intercambiaban fantasmas porque acá está, dicen algunos críticos con caras de velorio, el cartero Roulin con su gorra imperdible charlando con tres damas de ocasión, prostitutas, aldeanas, como todas las chicas de los burdeles de Arles. ¿Eran Blanche, Monelle, Solange? No recuerdo si alguna de ellas recibió de Van Gogh el caracol de su oreja. Ni si el cartero les trajo algún mensaje, pero allí está, tras la jornada de nomadeo por calles empedradas donde reparte cartas, trozos de lejanía. Hay una modorra similar al nirvana de un gato y tres bolas de billar quietas sobre la verde sabana de la mesa, lo que agrega —dice el hombre de boina ladeada parado frente a mí como ante un espejo— una atmósfera de mayor quietud al óleo, a las figuras convocadas.

—Creo que en los rostros he alcanzado una gran simplicidad rústica y supersticiosa —le dijo un día Gauguin a su amigo.

Y yo no sé, no puedo verme, ignoro si tengo un rostro rústico y algo agorero en mi semblante. Vivo en un cuadro y esto es como vivir en cuatro esquinas a la vez. Es extraño que mi antiguo local, que mi *Café de la Gare*, del cual soy propietaria, ya no quede en Arles, sino en este rincón de un museo parisino.

El cuadro en el que vivo es un homenaje de Gauguin a Van Gogh. Tiene, según dicen, rojos, verdes y ocre, semejantes a los del “café nocturno” del impaciente pintor. Muchas veces los vi llegar a mi dulce abrevadero, ruidosos, levantiscos, pendencieros. Gauguin, arrogante, levantando su perfil de águila e impostando ser descendiente de incas o nieto de un tal Simón Bolívar, era terco como el mar. Un año antes de que lograra el hechizo de fijarme en el tiempo, había estado paleando en el canal de Panamá y paseando su “ojo ejercitado” de pintor por Martinica, la isla lamida por un mar que mecía su recuerdo como una inmensa cuna.

Su abuela se llamaba Flora, Flora Tristán. Era paria como él, revolucionaria como él, arisca como él. Y su padre, Clovis Gauguin, periodista al fin y al cabo, habría de morir en Puerto del Hambre, cuando iba con toda su familia hacia Perú. Es decir, hacia el mito o el olvido.

Es 1888 en el cuadro y en la vida. Un trágico año en el que Van Gogh esgrime una navaja contra su amigo, el mismo año en que Van Gogh se cercena una oreja (alguien dice que lo hizo para no escuchar el canto idiota de la época) y la envía, como quien entrega un souvenir, a una prostituta. Es un año negro, aunque el negro no exista según las palabras de Gauguin: “Rechacen el negro, y esa

mezcla de blanco y de negro que se llama gris. Nada es negro, nada es gris. Lo que parece gris es un compuesto de matices claros que puede adivinar un ojo ejercitado”. Pero si no hay negro, si no hay gris, no sé cómo llamar este febril año de 1888, me digo, y no borro mi sonrisa ni bajo mi puño acodado a la mesa desde la que veo cruzar el mundo, el lento mundo. Es 1888 y mi pintor martilla tres clavos de óleo a un “Cristo amarillo”. Ebrio de color, da de beber a su soledad, a su sombra y a su hastío, habla solo y se dice que una paleta embrujada está hecha de ocres rojos, de bermellón y amarillo de cadmio, de verde esmeralda, azul de cobalto y azul de Prusia, todos mezclados en una marmita: la pasión.

Ama a la mujer y a la bebida y creo que ambas lo aman a él. Un día Van Gogh dijo algo así: “Paul es un ser en el que la sangre y el sexo prevalecen sobre la ambición”.

Ahora cruza un pedante frente a mí y atomiza mis recuerdos: “al pintor que hizo este engendro de colores, no le adjudicarían hoy una plaza de profesor en ninguna escuela de Bellas Artes”. Y sigue de largo. A cada tanto aparecen por acá los artistas del desdén: son dioses sin Olimpo.

Hay otros que se aproximan a mi rostro y me examinan como a un mapa. Quieren encontrar el truco, la pincelada de la eterna juventud, pero solo me dejan un rancio olor a vino. Muchos de ellos, parisinos malolientes, parece que llevaran en la boca algún muerto insepulto.

Pero nada tan parecido como un Museo y una sesión de espiritismo. En torno de los cuadros, el medium, con

los ojos en blanco, habla. Tiene una voz distinta para cada cuadro, describe el mobiliario de una pintura como si él lo hubiera fabricado, e invoca a los espíritus. Sabe que soy Madame Ginoux, mesonera, dueña de burdel, dama de café, amiga de dos pintores salvajes, los locos de Arles a los que llama por medio de mi oído. Tiene el vicio de la historia. Por eso me pregunta qué se siente viviendo más allá de un simple cuerpo, qué se siente atrapado en un espejo, mientras el cuerpo es, hace ya muchos soles, un suave pasto de olvidos.

19

Mis ojos solo parpadean cuando se prenden y apagan las luces del Museo. No se cierran mis ojos aun cuando la noche echa a andar por los pasillos con pasos de bailarina, con pies de musgo o de gamo. El viejo guardián



duerme en su rústica silla, a veces lo hace bajo el cuadro en el que vivo. Y es como si su figura silente se sumara al zuavo y al durmiente, al cartero Roulin y a las tres mujeres. En realidad, duerme bajo mi mesa de mármol, más fría que esta galería del Museo.

Ahora sale el sol, un sol vendimiero y picante que nos invita a levantarnos de la mesa del Café. Pero él único que lo hace es el guardián. Él abre sus ojos para envidia de nosotros, que nunca los cerramos.

20

Para Germán Espinosa